

X. EL CLAMOR DEL PREDICADOR: ¡ORAD POR NOSOTROS!

«Que el verdadero predicador apostólico debe tener las oraciones de otros — personas buenas que den a su ministerio su cuota completa de éxito—, Pablo es un ejemplo preeminente. Él pide, anhela, suplica de manera apasionada la ayuda de todos los santos de Dios. Sabía que en el ámbito espiritual, como en todo lo demás, en la unión está la fuerza; que la consagración y la agregación de la fe, el deseo y la oración aumentaban el volumen de la fuerza espiritual hasta volverse abrumadora e irresistible en su poder. Las unidades de oración combinadas, como gotas de agua, forman un océano que desafía toda resistencia» —E. M. B.

¿Hasta qué punto el orar por el predicador ayuda a la predicación? Lo ayuda personal y oficialmente. Lo ayuda a mantener una vida recta, lo ayuda en la preparación de su mensaje, y ayuda a que la Palabra predicada por él corra hacia su meta señalada, sin obstáculos ni impedimentos.

Una iglesia que ora crea una atmósfera espiritual muy favorable a la predicación. ¿Qué predicador que conozca algo de la obra real de la predicación duda de la veracidad de esta afirmación? El espíritu de oración en una congregación engendra una atmósfera cargada del Espíritu del Altísimo, elimina los obstáculos y le da a la Palabra del Señor derecho de paso. La misma actitud de tal congregación constituye un entorno muy alentador y favorable a la predicación. Hace de la predicación una tarea fácil; permite que la Palabra corra rápidamente y sin fricción, impulsada por el calor de las almas entregadas a la oración.

Los hombres en el banco que se dedican a orar por el predicador son como los postes que sostienen los cables por los cuales corre la corriente eléctrica. No son el poder, ni son los agentes específicos que hacen efectiva la Palabra del Señor. Pero sostienen los cables, a lo largo de los cuales el poder divino corre hacia los corazones de los hombres. Le dan libertad al predicador, lo eximen de verse restringido y lo preservan de «meterse en los matorrales». Crean condiciones

favorables para la predicación del Evangelio. No pocos predicadores que conocen a Dios han tenido una amplia experiencia y son conscientes de la verdad de estas afirmaciones. ¡Sin embargo, cuán difícil les ha resultado predicar en algunos lugares! Esto se debía a que no tenían «puerta de expresión», y se veían obstaculizados en su exposición, sin que apareciera respuesta alguna a sus llamados. Por otro lado, en otras ocasiones, el pensamiento fluía con facilidad, las palabras venían con libertad y no había falla en la expresión. El predicador «tenía libertad», como solían declarar los ancianos.

La predicación de la Palabra a una congregación que no ora cae a los mismos pies del predicador. No tiene fuerza de avance; se detiene porque la atmósfera es fría, poco comprensiva, desfavorable para que corra hacia los corazones de hombres y mujeres. No hay nada allí que la impulse. Así como algunas oraciones nunca suben por encima de la cabeza del que ora, así la predicación de algunos predicadores no llega más allá del frente del púlpito desde el cual se pronuncia. Se necesita oración en el púlpito y oración en el banco para hacer que la predicación sea cautivadora, vivificante y salvadora de almas.

La Palabra de Dios está inseparablemente vinculada a la oración. Las dos están unidas, gemelas desde el nacimiento, y gemelas por la vida. Los Apóstoles se encontraron absortos en el deber sagrado y apremiante de distribuir las limosnas de la Iglesia, hasta que no les quedaba tiempo para orar. Dispusieron que otros hombres fueran designados para cumplir esta tarea, a fin de que ellos pudieran dedicarse mejor continuamente a la oración y al ministerio de la Palabra.

Así también podría decirse que la oración por el predicador, hecha por la iglesia, está inseparablemente unida a la predicación. Una iglesia que ora es una ayuda invaluable para el predicador fiel. La Palabra del Señor corre en tal iglesia, «y es glorificada» en la salvación de los pecadores, en la recuperación de los descarriados y en la santificación de los creyentes. Pablo vincula estrechamente la Palabra de Dios con la oración al escribir a Timoteo:

«Porque toda criatura de Dios es buena», dice, «y nada debe desecharse, si se toma con acción de gracias. Porque es santificada por la Palabra de Dios y por la oración».

Y así la Palabra del Señor depende, para su rápida difusión y para su éxito pleno y más glorioso, de la oración.

Pablo indica que la oración transforma los males que sobrevienen al predicador: «Porque sé que esto resultará en mi salvación por vuestra oración, y por la suministración del Espíritu de Jesucristo». Fue «por medio de su oración», declara, que estos beneficios le vendrían. Y así es «por medio de la oración de una iglesia» que el pastor será beneficiario de grandes cosas espirituales.

En la parte final de la Epístola a los Hebreos, tenemos la petición de Pablo de que se ore por él, dirigida a los cristianos hebreos, basando su petición en las graves y eternas responsabilidades del oficio de predicador:

«Obedeced a vuestros pastores», dice, «y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso. Orad por nosotros; pues confiamos en que tenemos buena conciencia, deseando conducirnos bien en todo».

¡Cuán poco entiende la Iglesia la temible responsabilidad que conlleva el oficio y la obra del ministerio! «Porque ellos velan por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta». Los centinelas designados por Dios, para advertir cuando el peligro está cerca; los mensajeros de Dios enviados a reprender, redargüir y exhortar con toda longanimidad; ordenados como pastores para proteger a las ovejas contra los lobos devoradores. ¡Cuán responsable es su posición! Y han de dar cuenta a Dios por su obra, y han de enfrentar un día de ajuste de cuentas. ¡Cuánto necesitan tales hombres las oraciones de aquellos a quienes ministran! ¿Y quiénes deberían estar más dispuestos a hacer esta oración sino el pueblo de Dios, Su propia Iglesia, aquellos que presumiblemente están en simpatía de corazón con el ministro y su obra tan importante, divina en su origen?

Entre los últimos mensajes de Jesús a Sus discípulos se encuentran los que hallamos en los capítulos catorce, quince y dieciséis del Evangelio de Juan. En el catorce, así como en los otros, hay algunas enseñanzas muy específicas sobre la oración, diseñadas para su ayuda y estímulo en su obra futura. Nunca debemos perder de vista el hecho de que estos últimos discursos de Jesucristo fueron dados a los discípulos únicamente, lejos de las multitudes ocupadas, y parecen destinados primordialmente a ellos en su ministerio público. En realidad, fueron palabras dichas a predicadores, pues estos once hombres habían de ser los primeros predicadores de la nueva dispensación.

Con este pensamiento en mente, podemos ver la tremenda importancia que nuestro Señor dio a la oración, y el alto lugar que le otorgó en la obra de la vida de los predicadores, tanto en este día como en aquel día.

Primero nuestro Señor propone que Él orará por estos discípulos, para que el Padre les envíe otro Consolador, incluso el Espíritu de verdad, a quien el mundo no podía recibir. Precedió esta declaración con un mandato directo a ellos de orar, de orar por cualquier cosa, con la seguridad de que recibirían lo que pidieran.

Si, por lo tanto, había valor en su propia oración, y era de gran valor que nuestro Señor intercediera por ellos, entonces por supuesto valdría la pena que las personas a quienes ministrarían también oraran por ellos. No es de extrañar entonces que el Apóstol Pablo tomara la clave de nuestro Señor, y varias veces irrumpiera con la urgente exhortación: «Orad por nosotros».

La verdadera oración hecha por los laicos ayuda de muchas maneras, pero en una forma particular. Ayuda muy materialmente al predicador a ser valiente y fiel. Léase la petición de Pablo a los Efesios:

«Orando en todo tiempo con toda oración y súplica», dice, «en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuesto el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuesto hable de él, como debo hablar».

Cuánto de la valentía y lealtad de Pablo dependía de las oraciones de la Iglesia, o más bien cuánto fue ayudado en estos dos puntos, no podemos saberlo. Pero incuestionablemente debió llegarle por medio de las oraciones de los cristianos en Éfeso, Colosas y Tesalónica, mucha ayuda en la predicación de la Palabra, de la cual habría carecido si estas iglesias no hubieran orado por él. Y de igual manera, en los tiempos modernos, el don de una expresión pronta y eficaz en el predicador ha sido otorgado a un predicador por medio de las oraciones de una iglesia que ora.

El Apóstol Pablo no deseaba quedarse corto en esa cualidad tan importante en un predicador del Evangelio, a saber, la valentía. No era ningún cobarde, ni acomodaticio, ni adulador, pero necesitaba la oración, para que no fuera que, por cualquier tipo de timidez, dejara de declarar toda la verdad de Dios, o por temor a los hombres, la declarara de manera apologética y vacilante. Deseaba alejarse lo más posible de una actitud de este tipo. Su deseo y esfuerzo constante era declarar el Evangelio con consagrada valentía y con libertad. «A fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, que con denuedo hable de él, como debo hablar», parecía ser su gran deseo, y parecería que, a veces, realmente temía que pudiera exhibir cobardía, o ser afectado por el temor al rostro del hombre.

Este es un día que tiene urgente necesidad de hombres según el molde del gran Apóstol: hombres de valor, valientes y fieles, que no se dejen mover por el temor a los hombres, ni se vean reducidos al silencio o a la disculpa por el temor a las consecuencias. Y una manera de conseguirlos es que el banco se entregue a la oración ferviente por los predicadores.

En la palabra de Pablo a los ancianos de Éfeso, dada cuando iba de camino a Jerusalén, Pablo se exonera a sí mismo de la acusación de culpa de sangre, por cuanto no había dejado de declararles todo el consejo de Dios. A sus hermanos filipenses, también, les dice que, por medio de sus oraciones, demostraría no ser ni avergonzado ni temeroso.

Nada, quizás, puede ser más perjudicial para el avance del reino de Dios entre los hombres que una declaración tímida o dudosa de la verdad revelada. El hombre que declara solo la mitad de lo que cree, está lado a lado con el hombre que declara plenamente lo que solo cree a medias. Ningún cobarde puede predicar el Evangelio y declarar todo el consejo de Dios. Para hacer eso, un hombre debe estar en actitud de batalla, no por pasión, sino por razón de profunda convicción, conciencia firme y valor completo. La fe está bajo la custodia de un corazón gallardo, mientras que la timidez se rinde, siempre, ante un espíritu valiente. Pablo oró, y prevaleció sobre otros para que oraran, a fin de ser un hombre de resuelto valor, lo suficientemente valiente para hacer todo excepto pecar. El resultado de esta oración mutua es que la historia no tiene un ejemplo más fino de valor en un ministro de Jesucristo que el mostrado en la vida del Apóstol Pablo. Él ocupa la posición preeminente como un predicador intrépido, intransigente y temeroso de Dios del Evangelio de su Señor.

Dios parece haberse tomado grandes molestias con Sus profetas de la antigüedad para salvarlos del temor al entregar Sus mensajes a la humanidad. Buscó de todas las maneras salvaguardar a Sus portavoces del temor al hombre, y por medio de mandatos, razonamientos y estímulos buscó hacerlos intrépidos y fieles a su alto llamamiento. Una de las tentaciones que asedian al predicador es el «temor» al rostro del hombre. Desafortunadamente, no pocos se rinden a este temor, y o bien permanecen en silencio en momentos en que deberían ser osadamente elocuentes, o suavizan con palabras tersas el mandato severo que les corresponde entregar. «El temor del hombre trae trampa». Con esta dolorosa tentación Satanás a menudo asedia al predicador de la Palabra y pocos hay

que no hayan sentido la fuerza de esta tentación. Es el deber de los ministros del Evangelio enfrentar esta tentación de temer el rostro del hombre con resuelto valor y acorazarse contra ella y, si es necesario, pisotearla. Para este importante fin, la iglesia del predicador debe orar por él. Necesita liberación del temor, y la oración es el medio por el cual puede ser ahuyentado y darse libertad de la esclavitud del temor a su alma.

Tenemos un cuadro llamativo de la necesidad que el predicador tiene de la oración, y de lo que las oraciones de un pueblo pueden hacer por él en Éxodo 17. Israel y Amalec estaban en batalla, y el combate era severo y reñido. Moisés estaba de pie en lo alto del collado con su vara levantada en sus manos, el símbolo de poder y victoria. Mientras Moisés mantuvo levantada la vara, Israel prevaleció, pero cuando bajó su mano con la vara, Amalec prevaleció. Mientras el combate estaba en la balanza, Aarón y Hur vinieron al rescate, y cuando las manos de Moisés se cansaron, estos dos hombres «sostuvieron sus manos, . . . hasta que se puso el sol. Y Josué deshizo a Amalec y a su pueblo».

Por consentimiento común, este incidente en la historia del antiguo Israel ha sido reconocido como una ilustración llamativa de cómo un pueblo puede sostener a su predicador mediante la oración, y de cómo viene la victoria cuando el pueblo ora por su predicador.

Algunos de los mejores hombres del Señor en los tiempos del Antiguo Testamento tuvieron que ser alentados contra el temor por el Dios Todopoderoso. Moisés mismo no estaba libre del temor que acosa y compromete a un líder. Dios le dijo que fuera a Faraón, con estas palabras: «Ven ahora, por tanto, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel». Pero Moisés, en gran parte por temor, comenzó a ofrecer objeciones y excusas para no ir, hasta que Dios se enojó con él, y dijo, finalmente, que enviaría a Aarón con Moisés para que hablara, mientras Moisés insistiera en que él «era tardo en el habla y torpe de lengua». Pero el hecho era que Moisés tenía miedo del rostro de Faraón, y le tomó a Dios algún tiempo sortear sus temores y darle valor para enfrentar al monarca egipcio y entregarle el mensaje de Dios.

Y Josué, también, el sucesor de Moisés, y un hombre aparentemente valeroso, necesitó ser fortalecido por Dios contra el temor, no fuera que se resistiera al deber, y quedara reducido al desánimo y la timidez. «Esfuézate y sé valiente», le mandó Dios. «¿No te he mandado yo? No temas, ni desmayes, porque el Señor tu Dios está contigo dondequiera que vayas».

Un hombre tan bueno y fiel como Jeremías fue gravemente tentado a temer y tuvo que ser advertido y fortalecido para que no resultara falso a su encargo. Cuando Dios lo ordenó como profeta a las naciones, Jeremías comenzó a excusarse sobre la base de que no podía hablar, siendo sino un niño en ese aspecto. Así que el Señor tuvo que salvaguardarlo de la tentación del temor, para que no resultara infiel: «Tú, por tanto, ciñe tus lomos, y levántate, y diles», dijo Dios a Su siervo, «todo lo que yo te mande; no desmayes delante de ellos, para que no te confunda delante de ellos».

Puesto que estos grandes hombres de la antigüedad estaban tan acosados por esta tentación, y dispuestos a resistirse al deber, no debemos sorprendernos de que se encuentren predicadores de nuestros propios días en condición similar. El diablo es el mismo en todas las épocas; ni ha sufrido la naturaleza humana cambio alguno. ¡Cuán necesario es, entonces, que oremos por los líderes de nuestro Israel, especialmente para que reciban el don de la osadía, y hablen la Palabra de Dios con valor!

Esta fue una razón por la cual Pablo insistió tan vigorosamente en que los hermanos oraran por él, para que le fuera dada una puerta de expresión, y para que fuera librado del temor al hombre, y bendecido con santa osadía al predicar la Palabra.

El desafío y la exigencia del mundo en nuestros propios días es que el cristianismo sea hecho práctico; que sus preceptos sean expresados en la práctica, y bajados del reino del ideal a los niveles de la vida cotidiana. Esto puede hacerse solo por hombres de oración, quienes, estando muy en simpatía con sus ministros, no cesarán de sostenerlos en sus oraciones delante de Dios.

Un predicador del Evangelio no puede satisfacer las demandas que se le hacen, solo, más de lo que la vid puede dar uvas sin ramas. Los hombres que se sientan en los bancos han de ser los que den fruto. Ellos han de traducir el «ideal» del púlpito en lo «real» de la vida y la acción diarias. Pero no lo harán, no pueden hacerlo, si no están consagrados a Dios y muy entregados a la oración. La devoción a Dios y la devoción a la oración son una y la misma cosa.